

DESDE WASHINGTON

Para el "Diario de la Marina"

7 de Abril

Los que opinaban que Cuba no podía ser nación independiente por la falta de capacidad política de su pueblo dirán ahora que habían visto claro. Los que nos contentábamos con la autonomía, no ipinábamos así, porque tanta capacidad se requiere para gobernar una colonia autónoma como una república soberana; con uno y otro régimen hay que hacer leyes, pronunciar discursos, resolver problemas, organizar partidos, celebrar elecciones, etc.

Autonomía o independencia había que contar con disturbios más o menos graves, corrupción político-administrativa, malas mañas de los partidos y el resto del repertorio hispanoamericano, que también se da algo en países que no están en América y donde no se habla castellana. Pero en Cuba la independencia presenta un rasgo peculiar y nuevo, o casi nuevo, en los pueblos de nuestra familia; y es el deterioro del sentimiento nacional, de aquello mismo que movió a conseguir esa independencia a costa de sangre, de lágrimas y de pérdidas materiales.

El deterioro comenzó durante la Presidencia de Estrada Palma. Hay que recordar que a Cuba le fué impuesta la Enmienda Platt, contra la cual vino a protestar una comisión de la Asamblea Constituyente. Hubo que someterse a la fuerza; pero sumisión no implica aquiescencia, y salvada, gracias a aquella protesta, la dignidad del pueblo cubano, lo indicado era dar la Enmienda por no existente, no invocándola en caso alguno, con lo que se estaría en condiciones de reclamar su abrogación con el tiempo. Estrada Palma no lo entendió así, y prefirió entregar el gobierno al extranjero a hacer un arreglo con sus adversarios políticos.

Cuando la reelección de Menocal originó un alzamiento de los liberales no hubo intervención absoluta, si no una cooperación de las tropas americanas con las cubanas; cooperación que consistió, principalmente, en proteger fincas de ciudadanos de los Estados Unidos. Pero, al parecer, lo que iban buscando los sublevados era una ocupación militar como la que había servido para llevarlos al poder ocho años antes.

Ahora han solicitado la "supervisión" extranjera en las elecciones de Presidente, porque declaraban estar seguros de que serían fraudulentas. Las han perdido. Luego se han obtenido en las elecciones parciales, contra las cuales han protestado, no se sabe a asunto de qué, puesto que no habiendo acudido a los comicios, no

han podido ser víctimas de violencias si de trampas. Y en estos días ruegan a los Estados Unidos, por el órgano de su caudillo político-militar-financiero y candidato derrotado, que instalen en la Habana un Gobierno Provisional americano o cubano.

No sabremos de la entrevista celebrada por ese personaje con el Presidente Harding más que aquello que se nos diga en la versión oficial; pero podemos suponer que Mr. Harding se habrá formado opinión muy desfavorable de su interlocutor, de los correligionarios de éste y, también, por desgracia, del pueblo que los cuenta entre sus hijos.

Acaso habrá pensado el Presidente que acusa pocos grados de patriotismo de gentes que, teniendo elecciones sucias, en lugar de apelar al extranjero, no procuren limpiarlas, y si no aciertan a hacerlo no dejan al tiempo que lo haga, que el las mejorará como las ha mejorado en otros países: España, Italia, la Argentina, el Uruguay, etc. etc. A ningún partido español se le ha ocurrido rogar a Francia o a Inglaterra que "supervise" para acabar con las listas amañadas, los "pucherazos", las palizas, las denuncias arbitrarias, la cobranza de contribuciones atrasadas y todo lo demás que se empleaba para ganar las elecciones. Lo que se ha hecho ha sido tomar la revancha.

Y si Mr. Harding es humorista — como, probablemente, lo será, aunque con cierta moderación — habrá podido proponer esto al candidato derrotado:

—Vamos a ayudarles a ustedes a tener unas elecciones honradas, pero con la condición de que ustedes nos ayuden a resolver nuestro problema electoral del Sur, donde hay cientos de millares de hombres y de mujeres de color a quienes, por medio de artificios, de intimidaciones y de brutalidades, se priva del derecho de votar.

Este deterioro del nacionalismo cubano es un mal síntoma. En un país en que los partidos carecen de ideal distintivos y no son más que empresas industriales, lo único desinteresado y puro que hay es el amor a la nacionalidad; con él por base todo lo demás vendría, como ha venido en otras repúblicas hispano-americanas que comenzaron par estar bajo dictadores y ahora son pueblos libres y cultos. Pero eliminado ese factor idealista y poderoso estimulante ¿qué queda. Negocios; el azúcar y el tabaco para la gente de capital y de trabajo; los presupuestos del Estado para los políticos.

Ni siquiera se podrá adquirir el nacionalismo americano para heredar al cubano, porque los Estados Unidos

no parecen inclinados a una anexión que para nada necesitan y que, si la consumaran, no haría americanos, como no los ha hecho en Puerto Rico. Si ahí no se reacciona pronta y vigorosamente contra ese achicamiento moral, se irá por un plano inclinado a una situación única en América, y aún más ridícula que vergonzosa. Porque un pueblo atropellado, como el dominicano o el haitiano, es cosa trágica, pero un pueblo "supervisado" a petición propia, es cosa grotesca.

X. Y. Z.

*Diario de la Marina
Abril 14/1921*

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA